

Hemos llegado a Madroñera pueblo ancho y tendido con rumores marinos. Bellísimos rincones dan a sus calles altas evocaciones campesinas y fragancias cereales. Buen pueblo de pastores y labriegos con profundidades de filósofos. La subida al monte, dejando atrás al pueblo, se hace con nostalgia de su presencia... Pero hay que trepar hasta el espinazo de las Villuercas, entre senaras y encinares, tomillares y praderíos temblorosos de luz. Alguna ermita a lo lejos y en esa ermita, alguna Virgen de centeno y azahar como una tórtola dormida, arrullando campesinos y pastores... He dicho que me sobrecoge la presencia de labriegos y pastores en el campo sonoro y silencioso. Voy caminando con mi cayado y mi morral al hombro, más como peregrino que como pastor, y ahora pienso si la Virgen de Guadalupe, si todas las Virgenes españolas, no serán también pastoras y labriegas. Todas las tradiciones líricas y piadosas de las Virgenes españolas nos hablan de su aparición en los campos. Solo en estos tiempos urbanísimos, se aparecen alguna vez en las grandes urbes porque la fé crece en proporción del cansancio y la tristeza de los tiempos ásperos. Pero, en general, las Virgenes son camperas, aunque algunas, andando el tiempo, nos hayan venido a parecer Virgenes de ciudad, como la de los Desamparados de Valencia, la del Pilar de Zaragoza, la de la Macarena de Sevilla, la de las Angustias de Granada, o de la Almudena o de la Paloma de Madrid. Las Virgenes son floración y número de los campos españoles, como la de Monserrat, la de Guadalupe, la de la Montaña de Cáceres, la de la Luz de mi Arroyo. Son Virgenes agrícolas, labriegas, espigadoras de sueños, de súplicas, de congojas y de anhelos de los campesinos de España. Y pastorcitas, de los encinares extremeños, guardesas de sus senaras, que pastorean también corderos de nubes. O son mineras de estrellas.

Son pues campesinas estas Virgenes torcaces que hicieron dulce nido en los encinares de Extremadura. Las flores, los frutos, las espigas, los ganados se sienten vigilados bajo su altísimo patrocinio. Todas las Virgenes españolas son campesinas. Pero esta de Guadalupe ha preferido los anchos praderíos de la Historia y más extremeña que sus capitanes se nos fué un día a las Américas a pastorear pueblos y vigilar la siembra de la cultura de España.

Hemos cruzado las Villuercas, dejando a Cañamero abajo y a un lado, en la visión de uno de los más espléndidos panoramas españoles. En lo alto de las Villuercas, ante la grandeza del panorama, se tiene la máxima conciencia de la propia pequeñez. Empieza el descenso por la otra vertiente de la cordillera, y allá abajo, por fin, Guadalupe y su Monasterio. El camino que se había hecho antes ascético y grave, ahora se nos vuelve retozón bajo los castaños umbríos. Está atardeciendo y todo el oro de la tarde se entenece en un magnífico paisaje de verduras de castaños y frutales. Corren fuentes jubilosas y cantan ruisñores escondidos y señores. Descansamos bajo un castaño, contemplando ya el Monasterio... Un Monasterio en que la piedra parece de carne, con la piel curtida por la pátina de los solares de Indias. Con la luz poniente del cielo cendali, el Monasterio parece que tiembla. Mañana veremos su claustro maravilloso, de piedras y columnas sensitivas. Y la sala capitular y el coro y la biblioteca... Pero antes, iremos a rendir nuestro tributo a la Pastora de las Españas.

PEDRO CABA.

ARTE

OPINIONES DE UN PROVINCIANO

SOBRE LA ESTERILIDAD ESTÉTICA DEL "TREMENDISMO."

La obra de arte que tiene mieles las destila sin necesidad de que se la someta a la tortura de la presión. La que no las tiene no puede darlas.

Pero la interferencia de lo económico con el Arte aparece cuando el artista sin numen, para hacer llevadera su labor de producción, encuentra fácil seguir el camino trillado de los que alcanzaron el éxito. No importa la clase de éxito. Si éste es crematístico, los pseudoartistas se vuelcan y, con rara unanimidad, tratan todos ellos de teñir sus telas en las cubetas donde están disueltos los que, llamados hoy *ismos*, estén más de moda.

Primero fueron los *estilos*, luego las *escuelas*, ahora los *ismos*. Se llegará en esto al fraccionamiento atómico, como en la materia.

El espectador puro se ve anegado entre una nube de adjetivos, que pretenden hacerle ver cómo ciertos panales tienen lo que él no encuentra en ellos: la miel de la belleza. Que, menos mal, si, en algún caso, nos tropezamos con la utilísima cera, trabada con la mecánica y matemática precisión del panal. Con demasiada frecuencia ni esa faceta sabe respetarse en la pretendida obra de arte. Y si censuramos a uno de tales compadres su torpeza técnica, nos devuelve lindamente la pelota tachándonos de vulgo necio... ¿Risum teneatis...?

¡Ojo, pues, aficionados al arte verdadero! Tenemos a la vista un nuevo adjetivo: *tremendismo*.

De por sí es ya una palabra *tremenda* este *tremendo* epíteto. Mas entendámonos: ¿qué es eso de *tremendismo*? Voy a dar mi propia definición, y si ella no conviene con la de su inventor me importa poco. La palabra tiene una solera tan castiza que bastará hurgar en su contenido para echarle luego, lindamente, a la caza levantada el rabioso can del *ismo*. Creo será suficiente. Vamos a ello.

Tremendo, según los hablistas, es todo lo que es temible y formidable; digno de ser temido. Tiene otras acepciones; pero a esta me atengo. De aquí *tremendismo*: estilo o manera de hacer Arte, que introduce en las obras, de modo deliberado y constante, acciones o cosas temibles y formidables.

Creo se trata de una sencilla definición, con la cual podemos entendernos todos. Veamos, ahora, un par de notas del movimiento tremendista. Primero, su origen. Este origen pudiera pensarse remotísimo: derivado del relato del primer fratricidio. Un juicio poco ejercitado llamaría asimismo tremendista a toda la poesía épica griega, y, de igual modo a la dramática de las literaturas clásicas. Los que han dado ya su opinión acerca del asunto, dicen que los románticos son tremendistas. No creamos en tales generalizaciones. Un so-

mero análisis nos llevaría a desecharlas. La épica griega, sobre todo la Iliada, parecería tremendista si no fuera un trasunto de la vida de relación entre hombre-héroes y dioses. La dramática de todos los tiempos y literaturas verdaderamente tal lleva implícito un aspecto que falta siempre en la literatura tremendista: la lucha voluntaria del protagonista con el *fatum*. Los *tremendos* luchan entre sí, o se debaten contra fantasmas o contra pícaros. Igualmente ocurre a los románticos, quienes buscan asuntos, temas y desarrollos propicios al quebrantamiento de los preceptos clásicos, sin dárseles un camino que el contenido sea dramático o no; pero prefiriendo ya lo desusado.

No, nada de todo lo dicho tiene que ver con nuestro *ismo*. Este es un arrabal, un puerco suburbio del tan cacareado naturalismo que todos conocemos. Es un epigono de la vieja y maloliente escuela, que pretende anonadarnos, dejarnos aterrorizados y hasta enfermarnos a fuerza de emociones truculentas, sí, pero naturales, razonadas y razonables, verisímiles que dirían en el precursor XVIII.

Veamos el otro aspecto: de cómo se hace tremendismo.

¿Hay que *meter* un crimen en una cinta cinematográfica? Es harto sencillo: véase la versión muda de «Varieté» y ya tenemos, prácticamente, un magnífico ejemplar de la especie tremendista. No se puede negar que aquel momento en el cual el protagonista apuñala al otro es emocionante; pero enseguida se echa de ver que no es trágico. Para serlo le falta rapidez, le sobra delectación morosa, y morbosa.

¿Pretendemos que el crimen a *meter* en una novela sea el «non plus ultra» de los desgajados? Bastará, en estilo puramente tremendista, hacer que un gamberro, suficientemente gamberro para el caso, *liquide* a su propia madre, si ello es voluntad del novelista, para que la emoción tremenda quede elevada a la quinta potencia de lo angustioso. ¿Quién será el bobo que no tiemble de miedo al leer una buena, naturalista, veraz, descripción de tal parricidio?

Pero, vamos a la pintura tremendista. Yo, pobrecito de mí, que he llegado, creo, a cardíaco por virtud de mi afición a las Bellas Artes, tan pródigas ahora en tremendismo, he visto muchos, y buenos, cuadros de tan notable escuela. Por ejemplo: algunos que representan un burdel. Para caracterizarlo debidamente la pintura tendrá solo tres colores: negro, verde sucio y blanco más sucio todavía. ¡Un asquito! Pero tan natural, tan hondo, que al que diga que no es una obra de arte se le expulsa del corro.

No diré nada, ni una palabra, de los poemas y poemillas tremendistas, siquiera sean de un lirismo sanguinolento, porque me sentí siempre incapaz de echármelos al colete. Por lo tanto vamos al grano. A la esterilidad del tremendismo para crear belleza.

A mi juicio este *ismo* no puede destilar una sola gota de miel estética por mucho que se le estruje. Parece hay, para ello, verdadera imposibilidad metafísica. Depende de la propia esencia de lo que llamamos belleza, cualesquiera que sea el punto de vista desde el que la consideramos. Lo tremendista, ni puede reflejar la *pura idea* de lo trascendente platónico; ni puede tener cuenta con la proporción ni con el orden; ni, por último, sabemos comprenderlo como una unidad formada de múltiples facetas. Ya lo dijo uno de los filósofos idealistas que trataron de cosas de estética: «La crueldad, el empleo violento de la fuerza son soportables cuando están depurados por la grandeza de carácter y ennoblecidos por el fin que persiguen los personajes.

La perversidad, la envidia, la cobardía, la bajeza solo producen un sentimiento de repulsión».

Pretender realizar lo que se llama una obra de arte sobre la base de elementos tremendistas parece, pues, intento vano y descabellado. Luego, me preguntaréis: ¿porqué los autores del día echan mano, con tan machacona insistencia, de estos recursos? He aquí la más sencilla y fácil de las contestaciones:

El hombre es alma y cuerpo. Espíritu y materia. Ambas cosas forman una unidad, que solo la muerte puede destruir. En los confines y puntos de sutura de ambos dispares elementos existen zonas que pueden ser tenidas como del uno o del otro, según los casos. Una de tales zonas es la de la percepción sensible. La emoción causada en tal caso puede ser: o puro sensualismo, o alta y noble sensibilidad. En ambos casos el placer o el dolor son el premio o el castigo de nuestras acciones. Cuando la sensibilidad se perverte pueden producirle placeres, bajos placeres por cierto, los más disparatados acontecimientos. Que más, si hasta la pretendida filosofía de nuestra época ha inventado una palabra que nos quiere—gato por liebre—dar una explicación de tales desvíos: psico-análisis. A mucho de lo tremendista se le apellida psico-analítico y... ¡yá está! Ya tenemos una etiqueta pseudocientífica que nos defenderá la sucia mercancía.

Ahora bien, la masa, esa cosa tan horrible que hoy cultivan algunos con amoroso mimo, tiene bien despierta la sensibilidad de tipo morboso. No, no faltaron, ni faltan, intereses inconfesables que tengan bien provistos de abonos, sol y agua a estos depravados cultivos. Y la masa paga, y paga mucho, que para eso es masa. ¿Está claro?

Lo que no alcanzo a entender es que buenos amigos míos hayan caído de bruces en el tremendismo. Ellos no cobran, ni un podrido maravedí, por sus producciones literarias. Lo cual, unido a su ineludible condición de influenciados, inconscientemente acaso, por la avalancha de la moda, que suele ejercer una tiranía brutal sobre los espíritus, les salva ante mi juicio. Aunque, por otra parte, bien pudiera ser que yo estuviere equivocado. No lo creo, sin embargo.

TOMÁS MARTÍN GIL.

EXPOSICIONES

—Eulogio Blasco, el notable y original artista cacereño ha presentado en la Escuela Elemental de Trabajo, de Cáceres, un magnífico conjunto de su polifacética labor de arte: pinturas, esculturas, dibujos, repujados en cuero y metal... En todas sus obras imprime el sello de su firme personalidad que encuentra, para nuestro gusto, su expresión más acabada, en los repujados en metal, donde el arte de Blasco logra plasmar la extraña belleza de su fantasía que cala hondamente en la sensibilidad del espectador. A las muchas felicitaciones que ha recibido el artista, se une la de ALCÁNTARA, cordial y emocionada.

—Vicente Zubillaga, en Santander, ha obtenido un franco éxito, por su aportación a la Exposición del Africa Española, con fotografías del Marruecos español, en las que campea una técnica fusionadora del dibujo y la fotografía, obteniendo efectos artísticos sorprendentes. El procedimiento seguido por este original artista extremeño, está siendo muy discutido, aunque todos coinciden en reconocer la singular belleza de los resultados logrados.

CURIO O'XILLO.